

Lo completa un estudio de Mireille Varigas. Es un largo cuestionario presentado a asilados y a sus cuidadores, jóvenes y modernos unos, clásicos otros. Trata de capturar la imagen media de la locura, sus posibles diferencias con la «enfermedad mental», la existencia real de una y otra. Impresiona, sobre todo, la deshumanización del asilado desde que traspone las puertas del centro, aunque no se apliquen ya las viejas normas de camisa de fuerza, ducha fría, cadenas y látigo; pero hay la camisa de fármacos, los tranquilizantes —y otras drogas— aplicados continuamente, que pueden destruir cualquier forma de voluntad. Y, aun sin ellos, la cosificación del sujeto, su inferiorización, su sometimiento, aparecen en este estudio como destructivos. Cualquiera que haya pasado por un internamiento hospitalario, por causas no psíquicas, conoce bien cómo se convierte en objeto: el sometimiento a un ritmo extraño de vida, el régimen alimenticio, el paternalismo —maternalismo?— de las enfermeras, la omnipotencia y el cuidado silencio del médico, la inmovilidad, la dependencia de los demás, la conversión de los familiares en personajes suavemente represivos y aleccionadores —en nuestra sociedad hay una vaga pero continua tendencia a responsabilizar y culpabilizar al enfermo de su enfermedad—; si esto es así en enfermos no psíquicos, aquel que tiene en duda su razón y su cerebro puede estar sometido a un «stress» aniquilador...

El libro lleva un prólogo de Nicolás Caparrós Sánchez. Es algo más que un prólogo: es un ensayo agudo, penetrante y muy inteligente sobre la cuestión. Diríamos que para el lector no familiarizado con el tema tiene, por lo menos, el mismo valor que el de los ensayos de Heyward y Mireille Varigas.

En estos días, la prensa científica de Estados Unidos recoge el resultado de las investigaciones sobre la esquizofrenia de Jacques Gottlieb. Habría encontrado una proteína en el centro emocional del cerebro: la enzima que regula esa proteína está en los cerebros «normales» y no se encuentra en los de los esquizo-

frénicos. Si este descubrimiento se confirma, se determinaría una causa biológica para la esquizofrenia, causa muchas veces aducida por muchos médicos, pero nunca comprobada. Sin embargo, las razones de la «antipsiquiatría» no desaparecen por ello. Gottlieb admite que el «stress», las presiones externas, causan un aumento automático de dicha proteína (llamada proteína S), que la enzima que la regula o («anti-S») no puede dominar. Es decir, que la llamada locura podría ser previa a la desaparición de la enzima; la esquizofrenia no sería la consecuencia de un proceso químico irregular, sino al contrario... ■ PABLO BERBEN.

(2) «Antipsiquiatría», una controversia sobre la locura», H. Heyward/M. Varigas, prólogo de Nicolás Caparrós Sánchez, Editorial Fundamentos. Madrid, 1972.

Recerques, 2

Surgida como instrumento para llenar el vacío existente en cuanto a revistas históricas de ámbito regional y dedicadas a temas contemporáneos, *Recerques* ofrecía ya en su primer número, aparecido hace más de un año, suficientes elementos como para que su valoración fuese enteramente positiva. Trabajos como los de Garrabou, Jaume Torras y Nuria Sales respondían al propósito enunciado en las líneas de presentación: «Contribuir a resolver uno de los problemas graves que tiene planteada la investigación moderna: la segmentación en zonas especializadas, la incomunicación entre unas y otras y, en definitiva, el empobrecimiento de las posibilidades de interpretación global del fenómeno histórico», reuniendo «trabajos de síntesis y de interpretación» desde distintos enfoques temáticos. En el balance de *Recerques 1*, el contramodulo de la presentación, la miscelánea de notas eruditas, quedaba plenamente superado.

El resultado es todavía más favorable en este segundo número, al que sólo cabría reprochar cierta inexactitud en cuanto al título —«Política i economia a la Catalunya del segle XX»—, ya que se abre con dos trabajos centrados cronológicamente en torno a 1868. El primero, «Cambio económico y actitudes polí-

ticas. Reflexiones sobre las causas de la revolución de 1868», de Josep Fontana, es un excelente estudio, en que se conjuga la formulación de una serie de hipótesis de trabajo para reelaborar la trayectoria de la economía española en el siglo XIX y la presentación de algunos datos fundamentales para la estimación de las conexiones entre el sistema económico y las fuerzas políticas en vísperas del 68 (en especial las conexiones político-ferroviarias). «La crisis cíclica de 1866 —explica Fontana—, el mal estar económico por ella engendrado y agravado por los problemas de subsistencia aparecidos al mismo tiempo, y los sucesos revolucionarios, de base popular, que se desarrollaron en buena parte de España en septiembre de 1868, constituyen una secuencia de acontecimientos enlazados por nexos causales. Lo que parece dudoso es que esta secuencia —que representa el aspecto más visible y externo de la revolución de 1868— sea la que nos puede explicar mejor lo sucedido. Más esencial parece la que enlaza la crisis de crecimiento del capitalismo español (español, porque se desarrolla en territorio peninsular, pero totalmente

Termes estudia la evolución del federalismo catalán entre el 68 y el golpe de Estado de Pavía.

Entre los artículos ceñidos a temas de nuestro siglo, destacaríamos «Las elecciones de la Solidaridad Catalana en Barcelona», de Borja de Riquer, y «Sindicalismo, socialismo y comunismo en Mallorca (1929-1933)», de Pere Gabriel. El primero, dedicado a analizar las elecciones barcelonesas del 21 de abril de 1907, por entrañar una clara superación de los trabajos habituales en temas de sociología electoral. No compartimos su afirmación de que el nacionalismo catalán no haya sido tratado hasta ahora sino de manera periodística, carente de seriedad; pensamos en estudios parciales, pero básicos, como el de Jordi Solé-Tura. En cambio, estamos plenamente de acuerdo con Riquer en que es preciso ir más allá del recuento simple de los datos en las votaciones para alcanzar interpretaciones globales en lo que hasta ahora ha sido más geografía electoral que sociología electoral. La introducción de un análisis previo de los datos demográficos, económicos y socioculturales del área estudiada nos parece necesaria, siempre que exista base documental suficiente. La precisión alcanzada por Borja de Riquer en su extenso estudio confirma esta apreciación. Otro tanto cabría decir, en cuanto a balance positivo, del análisis de la prensa obrera mallorquina efectuado por Pere Gabriel en el estudio antes citado, dentro de la perspectiva regional, que tan buenos resultados viene ofreciendo en la investigación histórica de las «tierras catalanas».

En el índice de *Recerques 2* figuran, asimismo, un estudio de Joan-Lluís Marfany sobre el concepto de modernismo, un trabajo de Balcells sobre la condición laboral, de la clase obrera catalana a comienzos de siglo, dos notas sobre anarcosindicalismo y cuestión nacional (ambas muy valiosas: «La Revista Blanca y el problema catalán», de Annalisa Corti, y «El anarcosindicalismo y el Estatuto del País Valencià», de Alfons Cucó), una nota de Francesc Roca sobre el urbanismo en Barcelona durante la guerra civil, cerrando el volumen dos estudios, en el marco de la

historia económica, relativos a la recuperación de las macromagnitudes de la economía española después de 1939 y a la penetración de los grandes Bancos españoles en Cataluña.

En conjunto, pues, *Recerques 2* constituye una aportación fundamental al conocimiento de nuestra historia contemporánea. ■ ANTONIO ELORZA.

Crónica barcelonesa en la frontera del calor

El último mes hábil del «curso» se ha caracterizado por una cierta revitalización de la vida cultural barcelonesa. El Día del Libro encontró cansancios muy establecidos y dejó cansancios mucho más establecidos. Pero de pronto, como en una de esas misteriosas floraciones de los poemas surrealistas, una primavera cultural ha acompañado el fin de la primavera climatológica y el comienzo del verano. Primero fue el Premio Biblioteca Breve, reservado y enlutado por la muerte de Gabriel Ferrater. No hubo acto social y no me creí en la obligación de inventármelo. El acontecimiento se limitó a ser la mención escasa del ganador Antonio Leyva, un escritor de los de psiquiatra, al parecer lento y cansado, al parecer el Kafka español, del que ya dio cuenta Rodríguez Santerbás en una pasada edición de TRIUNFO.

Tras el Biblioteca Breve, de Seix y Barral, el Premio Barral, de Carlos Barral. Aquí sí hubo su expectación y su pequeño escándalo casero. Jóvenes novelistas catalanes (más o menos del área) y argentinos competían, y aunque los pronósticos de los enterados se vencían por el lado de Ana María Moix, los nombres de Barnatán, Couste, Fernández de Castro (Javier) y Carlos Trias prometían un festival literario-juvenil de cierto interés. El premio quedó desierto y la frustración del cronista abajo firmante, se convirtió en una no-crónica. No es que un servidor tuviera su candidato, pero un servidor siempre ha visto con malos ojos cualquier tipo de «cogitus interruptus». Según la declaración oficial había demasiado equilibrio de

POLÍTICA I ECONOMIA A LA CATALUNYA DEL SEGLE XX

2

José Fontana Jaume Torras Nuria Sales Borja de Riquer Alfonso Cucó Pere Gabriel	Annalisa Corti Alfonso Cucó Francesc Roca Joan-Lluís Marfany Jesús Pons Francisco Cabrer
RECERQUES	
Revista de Història Econòmica i Cultural	
1972	

penetrado por intereses extranjeros) con la actuación de unos políticos ligados al mundo de los negocios, que organizarán un golpe de Estado con tal de poner remedio a los problemas más angustiosos que se derivaban de la crisis y para remover los obstáculos que dificultaban la aparición de una nueva etapa de crecimiento. A continuación, como complemento de su reciente trabajo sobre el internacionalismo obrero en el mismo período, Josep

fuerzas y ninguna de ellas determinante. Según las fuentes generalmente bastante bien informadas, los jóvenes novelistas, tal vez condicionados por la brevedad de sus vidas, habían concurrido con novelas inacabadas. Y aunque sea bastante frecuente el hecho de que las novelas premiadas se reescriban después de haber ganado el premio, en el caso que me ocupa la cantidad de reescritura superaba a la cantidad de escritura presentada. No funcionó esta vez el crédito, y Ana María Moix detuvo su regreso de Oviedo a la altura de Zaragoza.

Sin Premio Barral que auscultar, el editor convocó a la prensa especializada en torno a una cena china, suficiente y bastante buena, a pesar de la mala fama que tienen los restaurantes chinos de esta ciudad. Barral se adecuó al paso de los tiempos y así, como presenté al conflictivo Soljenitzin en un restaurante ruso-zarista, eligió un restaurante chino para la presentación de un libro sobre el Tarot, realizado por el argentino Alberto Couté. El escritor argentino se reveló un excelente estilista del Tarot, no sólo teórico, sino también práctico.

La sesión, que empezó bordeada por las sonrisas escépticas de las cobayas, terminó bajo el imperio del rictus y el ceño fruncido. Cousté, en mi opinión, es tan buen lector de cartas como de rostros, y en los rostros de las cobayas se leían bastantes respuestas que al parecer las cartas confirmaban. Hubo quien preguntó por su futuro profesional y hubo quien preguntó por su futuro erótico. Incluso alguien trató de ligar, amable, irónica, delicadamente, a través del médium. En cualquier caso, el juego del Tarot adquirió características casi de juego de la «ruleta rusa», y en la evitación de víctimas se puso fin a la adivinación.

Barral, cuya línea editorial está al margen de sospecha y tal vez de discusión, ha incorporado a la Cultura Editora la norma subcultural de la «canción del verano». En la modalidad del «libro del verano», en 1971 publicó el I Ching, y en 1972 publica el libro del Tarot. La escalada literario-lúdica tal vez conduzca a la edición de «El parchís y sus claves» para el verano 1973. Libro que tendría un excelente autor

en la persona y pluma de Sixto Cámara, colaborador de TRIUNFO en la memoria y deseo de todos ustedes, drogadicto del parchís y, en ocasiones, de la cocaína del juego de la oca.

Un semipariente que estuvo hace poco en Madrid, palpó más que nunca el a-catalanismo latente en la capital del reino. Un taxista le dijo: Cataluña, qué jaula tan excelente, pero vaya pájaros... En Madrid se palpa un cierto resentimiento desde la muerte de don Carlos Arniches, porque la cultura madrileña, que empezó con Bretón de los Herreros, se murió con don Carlos Arniches. Uno siempre ha atribuido a esta penuria diferencial la molestia que siente el castizo de Madrid ante los hechos diferenciales.

En cualquier caso, no quisiera agravar el grave problema con informaciones demasiado alarmantes. Y tal vez sea alarmante la noticia que aporote, movido por el deber estrictamente informativo. Tal vez sea abusivo reclamar la atención hispánica hacia la persona de Max Cahner, hijo de alemán y catalana, fue el creador de Edicions 62 y el iniciador de La Gran Enciclopedia Catalana. No prosperaron económicamente bajo sus manos ambos empeños, y Max Cahner dejó las empresas en manos más nuevas y mejor guardadas. Pero ahora Max Cahner, ligado tozudamente al renacer editorial de la cultura catalana, vuelve al pavoroso coso con otra editorial: Curial, que recuerda un viejo título de la literatura clásica catalana: Curial i Guelfa.

Max Cahner estrena colección con el mismo autor con el que estrenara Edicions 62: Joan Fuster. Si entonces el valenciano se despachó con el conmovido Nosaltres els valencians, ahora ha publicado una historia aproximativa de la literatura catalana moderna. Desde los renacentistas hasta Gabriel Ferrater, Fuster ha escrito un informe suficiente y avalado por su calidad de buen lector y magnífico escritor. Según Joan de Sagarra, Fuster es el penúltimo discípulo de Montaigne. Yo siempre he creído que era discípulo de Voltaire, pero me avengo a una síntesis entre los dos franceses con algún aderezo de artista fallero, porque Fuster sólo pasa de la sutileza al barroco cuando se siente incendiario.

Este acto, y siento ser tan alarmante, constituyó un sorprendente éxito de público. Sorprendente por la época del año, por el calor que hacía y por el escaso interés cultural que ha presidido el presente curso. Hablaron Joan Oliver (Pere Quart), el propio Fuster y Max Cahner. Estaban casi todos los que son. Faltaba el casi de viejos colaboradores de Max Cahner y continuados amigos de Joan Fuster. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN

''Fablas'', una aventura en Canarias

En Canarias, todas las aventuras tienen al mar por testigo y por enemigo. Además, existe otro elemento devastador en el campo de las aventuras literarias: el silencio. A partir del silencio y quizá para el silencio sucede todo lo que se hace por esta tierra en el plano tan difuso de la ciencia literaria. «Fablas», una aventura con caldo de cultivo en Las Palmas de Gran Canaria es, aquí, la expresión concreta de la aventura silenciosa que casi siempre se cae en el sonoro silencio. «Fablas» es una revista literaria. La única que existe en este archipiélago. Un archipiélago que en el pasado ha dado muestras suficientes de su vitalidad editorial: desde «Hespérides» a «Fablas» hay toda una historia inolvidable a la hora de hablar de las cosas tan altibajas de la cultura general canaria. En el centro, ocupando un lugar de privilegio, «Gaceta de Arte», la revista tinerfeña de los años 31-36, que tanto escándalo produjo en el universo artístico español de aquella época. Pablo Neruda, cuando pasó por Tenerife camino de Valparaíso, antes de que ganara Allende, nos dijo: «¿Cómo pudieron hacer ustedes esta revista aquí?». De alguna manera, teniendo en cuenta todo lo que hay que tener en cuenta, algún día, algún hijo de Neruda le preguntará lo mismo a nuestros hijos hablando del suceso de «Fablas», este orador en el desierto de las famosas dunas de Maspalomas.

«Fablas» ha pasado ya de los dos años de existencia y de su número veintiocho. Esta efemérides se la han celebrado desposeyéndole de la exigua subvención de que la dotaba la Caja Insu-

lar de Ahorros de Las Palmas. De otra parte, la revista no recoge, en puridad, ninguna tradición. «Fablas» funciona por su cuenta y riesgo y no se ha adscrito a otra corriente que a la de una profunda seriedad, a una sobriedad apabullante. Quizá, como siempre ocurre, la seriedad es excesiva. Pero, para colocar los cimientos, o nos ponemos un poco mustios o se nos caen las paredes. Ya le llegará a «Fablas» el momento de reír. Porque, por



ahora, está constituyendo el estertor último de aquella vitalidad editorial que, además de con ella, parece resurgir en este tiempo con «Inventarios Provisionales» y con sus amenazas ciertas de publicar algún día una gran revista. «Fablas», con la precariedad económica que tan bien conocen las empresas independientes de casi todo, se ha mantenido a cuerpo muy limpio a lo largo de esa vida suya, aceptando únicamente aquellas irreversibles siete mil quinientas pesetas con que la subvencionaba la Caja de Ahorros, y apoyándose en las muletas desinteresadas de algunos personajes empujados en que Canarias supere la modorra literaria que se inició hace tantos años. La mirada de «Fablas», desde su peñasco y desde sus limitaciones adivinables, ha sido lo suficientemente amplia como para acoger, a lo largo de su vida siempre amenazada de muerte, textos de Domingo Pérez Minik, E. E. Cummings, Juan José Coy, Carlos Edmundo de Ory, José Monleón, José Agustín Goytisolo, Salvador Espriu, Pere Gimferrer, Gloria Fuertes, Joaquín Marco, Jorge Rodríguez Padrón, José-Miguel Ullán..., hasta culminar en un excelente tratado, publicado en un número especial, sobre la lengua y la literatura de Galicia, esa inmensa cultura en trance de desaparecer,

como se ha dicho hace muy poco en «Cuadernos para el diálogo».

«Fablas» puede ser, entonces, si supera las enemistades del mar y del silencio, la que recupere aquel aire de vitalidad, perdido cuando dejó de existir, por ejemplo, «Gaceta de Arte». Por lo menos, está en ese camino. ■ JUAN CRUZ RUIZ.

Sergio Pitol, analista

Henry James —algunas de cuyas obras han sido traducidas precisamente por Sergio Pitol— afirmaba que los hombres creen ser conocidos y creen conocer, o, lo que es lo mismo, que sólo pueden conocer la imagen que los otros dan de sí ante ellos, y sólo son conocidos, recíprocamente, por la imagen que dan de sí a los otros. La realidad aparece como incognoscible, huidiza, y James se propuso reflejarla precisamente así, situándose, en tanto que narrador, en medio de sus personajes, nunca como todopoderoso creador que «a priori» conozca los íntimos resortes de los mismos.

Sergio Pitol —al menos el único Sergio Pitol que conozco, el de las dos colecciones de relatos editadas en España (1)— entiende, como James, que la realidad es huidiza. Captarla requiere, por tanto, una implacable voluntad analítica, que recurre, casi necesariamente, como único medio más fiel de aproximación a la realidad, a la elipsis y a un cierto tipo de morosidad detallística. Sólo que el objeto de análisis de Pitol no es tanto ese nudo de relaciones de los hombres entre sí cuanto los procesos de transformación —y de degradación— de sus personajes. El tiempo no es un ente real, tema de contemplación o de añoranza, que «pase» a través de un personaje más o menos inmutable. Los seres cambian, se transforman, es decir, eligen insertarse en nudos de relaciones diferentes y a veces se degradan.

En su obra más reciente, «Los climas», Pitol confronta a varios de los protagonistas de sus narraciones con su propio pasado. En «La noche» hasta la apari-

(1) Sergio Pitol, *Infierno de todos*, 1965, Seix y Barral, 1971. Sergio Pitol, *Los climas*, 1966, Seix y Barral, 1972.